

Entrevista a Harold Bloom

Contra los bárbaros

Por Pablo Ingberg

Aunque su extensa trayectoria como crítico comenzó allá por 1959 con *Shelley's Mythmaking*, y ya supera largamente los veinte títulos, Harold Bloom (Nueva York, 1930) asistió a la expansión de su renombre a principios de los noventa con dos libros que saltaron a las listas de *bestsellers* de la mano de vastas polémicas: *El libro de J* (1990), donde postulaba que el autor inicial del *Antiguo Testamento* había sido una mujer de la elite salomónica, y *El canon occidental* (1994), una aguda defensa de la autonomía del criterio estético en la valoración de las obras literarias, por encima de los enfoques políticos, étnicos o sexuales hoy imperantes en el ámbito académico-periodístico de los Estados Unidos.

Hoy en día es sin duda uno de los críticos literarios más importantes de la influyente lengua inglesa, y él no vacila en considerarse a sí mismo como una especie de último valiente de la civilización de la lectura sería luchando contra la barbarie que invade el imperio letrado. Para hablar de sus conocidos y polémicos puntos de vista, y de los libros suyos que se están publicando o por publicar en castellano, Bloom abrió en persona la puerta de su casa neoyorquina, frente a Washington Square, donde se aloja cada vez que acude a dictar un seminario de poesía inglesa en la Universidad de Nueva York. El resto del tiempo lo pasa en New Haven, donde trabaja para la Universidad de Yale.

—Usted ha dicho que está llegando a su fin la era de la biblioteca.

—Ah, sí, esas bibliotecas que tanto queríamos, como la de Babilonia, la Biblioteca Nacional de la Argentina, las grandes bibliotecas de los Estados Unidos... Una de las grandes bibliotecas del mundo era lo que solía llamarse el Museo Británico, y ahora es la Nueva Biblioteca Británica, inaugurada en 1998. El director de la Biblioteca me llamó por teléfono para decirme que iba a haber un programa inaugural sobre la era de la información. Le contesté que no me interesaba. Entonces me dijo: “usted no entiende, Profesor Bloom; *Lord* no sé cuánto...”. Yo le pregunté quién era *Lord* no sé cuánto, y él bastante herido me contestó que era la máxima autoridad británica en recuperación de información. Yo le dije: “discúlpeme, señor, yo no sé de qué recuperación de información se trata ni quiero que me lo cuente”. Él dijo: “bueno, en cualquier caso está *Lord* no sé cuánto, y también *Sir* no sé cuánto, nuestra mayor autoridad en...” alguna otra cosa relativa a las computadoras. Le dije que yo era un analfabeto computacional, y que no quería saber nada de eso. Él dijo: “bueno, no importa, el asunto es que al final de la fiesta de inauguración va a haber un simposio sobre la era de la información, y la idea es que la última tarde vamos a tener el simposio de *Lord* no sé cuánto sobre recuperación de información, el de *Sir* no sé cuánto sobre computación, y usted va a estar allí representando al libro”. Yo le dije: “muchas gracias, no quiero tener nada que ver con esa gente; les deseo que disfruten de su era de la información; adiós y buena suerte”. ¿Leíste esa parábola de Borges en que los profesores, al enfrentarse con el retorno de los dioses, toman sus revólveres y les disparan? Eso es lo que está pasando ahora. Una parábola maravillosa.

—Una nueva editorial argentina, Adriana Hidalgo, está publicando su libro *La compañía visionaria en cuatro volúmenes*, y también *Poesía y represión*.

—Qué bien. Yo a veces ni me entero de esas cosas. Supe por ejemplo que hubo ediciones de *La cábala y la crítica* en polaco, y de *La angustia de las influencias* en lenguas extrañas como el esloveno y el birmano, que yo jamás vi. *La angustia de las influencias* se tradujo a unas treinta y cinco lenguas, y yo

tengo sólo la mitad de esas traducciones. Pero volvamos a *La compañía visionaria*, un libro que casi no recuerdo. Aunque nunca salió de circulación desde que apareció, en 1961.

–*Su rescate de los poetas románticos tenía en ese momento algo de reacción contra la Nueva Crítica de T. S. Eliot y sus seguidores. Dado el estado actual de la crítica literaria, sobre la que usted hace permanentemente ácidos comentarios, ¿no echa de menos a aquellos antiguos oponentes?*

–Sí. Al menos cuando argumentaba contra ellos, estábamos discutiendo sobre una u otra tradición poética, o sobre la diferencia entre lo que yo favorecería, una suerte de poesía de orientación gnóstica, o el cristianismo neo-ortodoxo de ellos. Sigue sin gustarme la crítica cultural de Eliot, y apenas puedo soportar su crítica literaria, aunque fue sin duda un gran poeta, un hombre repugnante pero un gran poeta. Sin embargo ahora, cuando trato como de recuperar un resto en las horrendas guerras culturales de nuestros días, en las que me parece que nosotros somos unas Termópilas que estamos sosteniendo el pasado contra los bárbaros que han capturado casi por completo las universidades, y también los medios, incluyendo la prensa literaria, descubro que finalmente, hablando en términos pragmáticos, y en comparación con lo que se está haciendo, es muy difícil decir cuál es la diferencia entre el señor Eliot y yo. Es una terrible ironía. No me alegra, pero es un hecho. Yo discutía con gente como Alan Tate o Cleanth Brooks, pero comparados con los pseudofeministas, los pseudomarxistas y todos esos francesitos de la deconstrucción y demás, por lo menos los eliotianos creían que un poema era algo en sí mismo. Y es así.

–*En una entrevista de 1990 con The Paris Review, usted profetizó que en cinco años...*

–Profeticé la decadencia de esas orientaciones, lo que yo llamo la Escuela del Resentimiento, que confunde la reparación de ciertas injusticias sociales históricas con un criterio estético para la valoración de las obras literarias. Tengo que reconocer que en ese sentido la situación no sólo no ha mejorado sino que se ha puesto mucho peor: ni en la universidad ni en la prensa literaria hay una verdadera apreciación de la lectura seria. Mi ferviente oposición a eso está en la base de mis últimos libros: *El canon occidental*, *Cómo leer y por qué* –que apareció hace poco en los Estados Unidos y va a publicar en castellano la Editorial Norma- y otro que cabo de terminar ahora, *Genios y genios*, un rescate del degradado concepto de “genio”.

–*Ese libro también será publicado en castellano por la Editorial Norma, al igual que otra de sus obras recientes, Shakespeare, La invención de lo humano. ¿Por qué eligió este último título?*

–Porque Shakespeare, a través de sus personajes, principalmente Hamlet y Falstaff, es el creador de la noción de ser humano que se tiene desde entonces, al menos en Occidente. Además, él ha creado una cantidad de personajes que están entre nosotros, que forman parte de nuestra vida. Creó cien personajes principales y novecientos personajes menores que hablan con voces individuales, que son verdaderos individuos. Ningún otro escritor, ni antes ni después de él, nos ha legado tantos seres humanos diferentes.

–*Y en un lapso relativamente breve.*

–Veinticuatro años. Y más asombroso todavía es que en un período de sólo catorce meses escribió consecutivamente *El rey Lear*, *Macbeth* y *Antonio y Cleopatra*.

–*Un detalle recurrente en ese libro suyo es la crítica mordaz a las puestas en escena.*

–Son casi siempre un desastre. Mi comentario favorito al respecto es decir que la maldición de Shakespeare, al menos actualmente en el mundo de lengua inglesa, es lo que ahora se ha dado en llamar “directores de alto concepto”, que tienen mucho más interés en la altura de su propio concepto que en el texto de la obra. Hace poco hubo aquí, en el teatro público, una puesta en escena de *La tempestad*, por la cual el director fue premiado. Allí Caliban, que en el texto es un cobarde, y ni siquiera es un ser humano porque es mitad pez, era un heroico negro de las Indias Occidentales que luchaba por la libertad contra el colonialista Próspero. ¿Y Ariel? Odiaba a Próspero tan ferozmente como Caliban, y era una esclava negra de las Indias Occidentales. Es tan patente el horror que no tengo nada que agregar.

–*Es políticamente correcta.*

–Sí, es políticamente correcta, y si puedo ponerlo en una sola palabra, es repugnante.

–*Pero no es Shakespeare.*

–No, ni lo es lo que en general está poniéndose en escena. El año pasado fui a un festival artístico a dar una charla sobre *Troilo y Crésida*. Estaba allí la Royal Shakespeare Company, con su director, un australiano. A la noche siguiente fuimos al teatro con mi esposa a verlos en *Troilo y Crésida*. En el intervalo, una amiga que nos había llevado se me acercó cuando yo salía del baño y me preguntó qué me parecía. Le contesté que no tenía nada para decir. Entonces fuimos adonde estaba Jean, mi esposa, bebiendo un trago, y nuestra amiga le preguntó si le gustaba la puesta. Jean dijo: “¿Nos vamos?” Y nos tomamos los tres una limosina y nos fuimos a casa. Sería muy difícil ahora que consiguieran hacerme entrar en un teatro a ver una puesta de Shakespeare. Creo que tendría que forzarme la policía a punta de pistola. Cada una es peor que la anterior. Y las versiones cinematográficas son increíbles.

–*A propósito, ¿vio En busca de Ricardo III de Al Pacino?*

–No, no quiero verla. Se llama *En busca de Al Pacino*.

–*No es una puesta de Shakespeare. Supuestamente investiga cómo hacer que todos puedan leer a Shakespeare.*

–Volviéndolo estúpido. Última pregunta. Tengo que ir a dar una charla en Long Island.

–*Las repercusiones de El canon occidental fueron más o menos similares en todas partes...*

–Las listas de nombres. Las repercusiones son siempre por el motivo equivocado. Todos prestan atención nada más que a las listas. Fue un error mío incluir esas listas a pedido de los editores. La gente no lee libros. Sólo mira las listas y los índices. No quiero hablar más de ese asunto.